Eduard Farré Olivé

UN RELOJ DE FUEGO EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

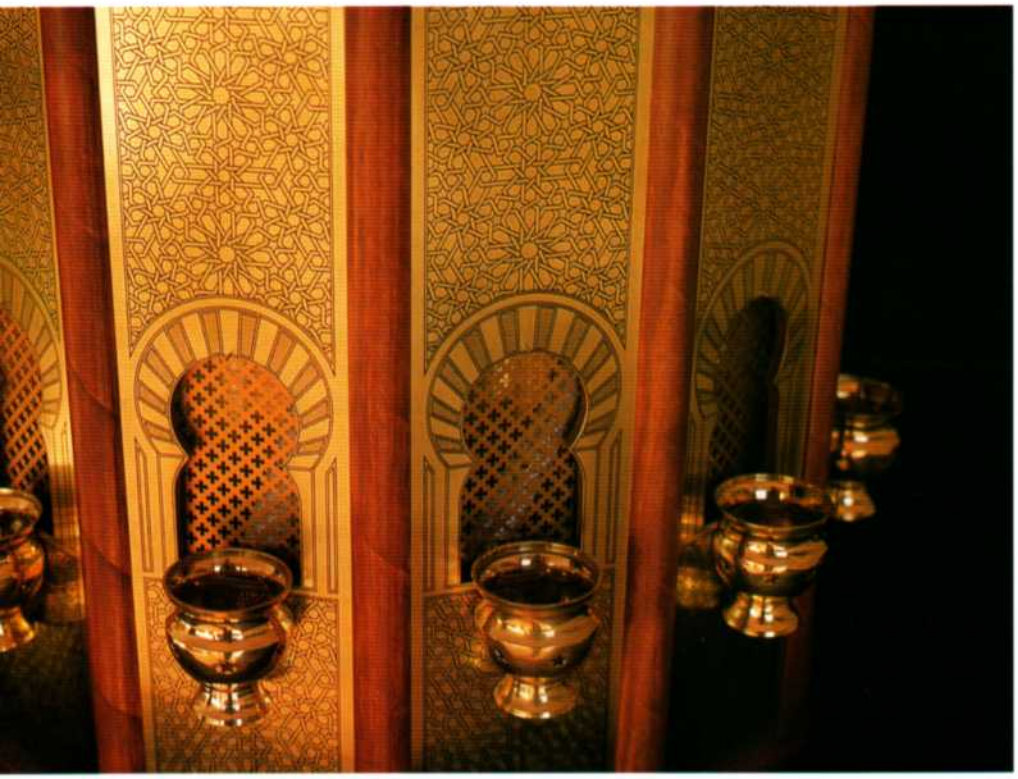
Con ocasión de su reposición en el trono a principios de 1362, Mohámmed V celebró en Granada con gran pompa y solemnidad la fiesta del nacimiento del Profeta, el Mawlid, el 30 de diciembre del mismo año. La celebración en la Alhambra empezó en el momento de la puesta de sol, con el rezo colectivo por parte de todos los invitados de la oración del "magrib", y la fiesta terminó al amanecer, después de la oración de la aurora llamada "al-suhb". A lo largo de la noche fueron sonando las horas que marcaba un curioso reloj que nos detalla Ibn al-Jatib, el poeta que describe y canta la Alhambra perenne, los edificios y estancias, y la Alhambra efímera, sus habitantes y sus visicitudes.

Aparte de ser un gran poeta, al-Jatib (1313-1374) ocupó lugares de responsabilidad en la esfera política de Mohámmed V y también se le considera el último de los grandes historiadores de la cultura hispano-musulmana. Sus obras son una mezcla de arte, historia y crónica del momento. Su penúltima gran obra fue escrita en 1362 y fue titulada "Sacudida de alforjas para entretener el exilio" y en ella se incluye el texto que narra la fiesta del Mawlid de 1362 con la descripción del reloj.

MOHAMMED V Y LA ALHAMBRA

El siglo XIV y concretamente el reinado de Mohámmed V (1354-1390) representó el momento álgido de la dinastía Nazarí que reinó en Granada desde 1231 hasta la expulsión definitiva de la cultura hispano-árabe en 1492. También fue la época de mayor expansión de su palacio real, la Alhambra, cuando se construyeron la mayor parte de sus mejores edificios y de sus lujosas decoraciones.

Por Ibn al-Jatib sabemos que en la fiesta del Mawlid de 1362 existía ya



UN RELOJ DE FUEGO EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

la sala de Dos Hermanas, donde el monarca Mohámmed V emplazó su trono trasladándolo desde el Salón de Embajadores. En cambio no existían todavía ni el patio de los Leones ni patio de Arrayanes ni el Salón Dorado en el alcázar nazarí. Delante de la sala de Dos Hermanas había una explanada en la que se levantó una gran carpa militar para dar cabida a los invitados de menor rango, de modo que nadie tuviera que quedar a la intemperie y todos los asistentes pudieran ver al rey.

Mohámmed V alzó el trono sobre tres altos escalones que en las solemnidades eran revestidos de tapices y el mismo trono fue decorado con una cobertura blanquísima, emblema de su reinado. El color blanco elegido por Mohámmed V contrasta con el escarlata de su padre y antecesor en el trono Jusuf I. En cambio se mantuvieron de colores bermejos tanto los estandartes como el papel usado en la Cancillería, así como la decoración exterior del propio palacio real cuyo nombre significa la Roja (al-Hamra). Mohámmed V fue uno de estos monarcas especiales que existen de vez en cuando en todas las culturas y que son capaces de estimular en su reino el desarrollo de las ciencias, artes y la cultura.

Sin embargo no todo fue miel sobre ojuelas en el reinado de Mohámmed V, ya que pocos años después de acceder al trono, en 1358, fue destronado, escapando por muy poco del asesinato en una desesperada huída hacia Guadix a través del Generalife y disfrazado de mujer. No pudo recuperar el trono hasta marzo de 1362. Esta particular experiencia en su vida seguramente influyó en la magnificencia de la segunda fase de su reinado.

Para contribuir al fasto real tras dicha reposición, organizó la primera de las grandes fiestas religiosas que aparecían en el calendario musulmán, el Mawlid, con gran pompa y en el incomparable marco de los mejores salones de la Alhambra que presidiría además como jefe religioso de la comunidad.

LA FIESTA DEL MAWLID

Siendo el calendario musulmán muy diferente al cristiano por estar basado el primero en el ciclo de la luna y en el ciclo solar el segundo, las fechas destacadas del calendario musulmán raramente coinciden con alguna de las fechas notables del calendario cristiano. Así el principio del año islámico se adelanta al nuestro unos 11 días cada año por tener aquel 354 días en lugar de los 365 del cristiano.

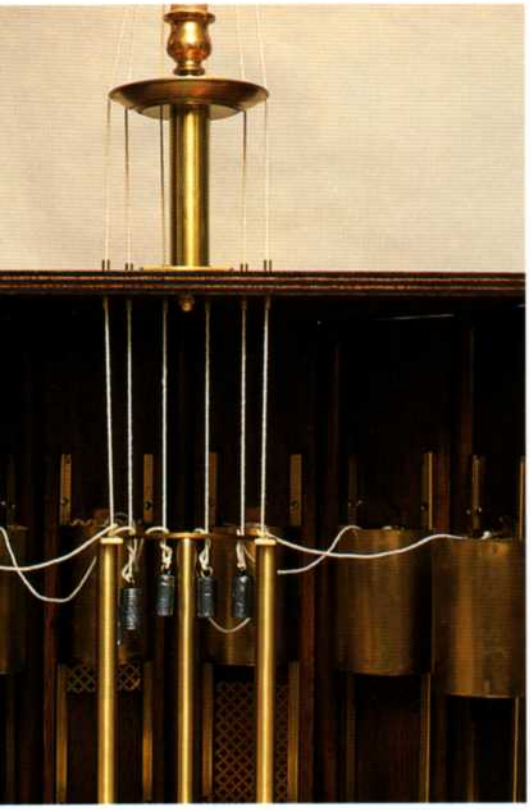
En el año 764 de la Hégira, la fiesta de la Natividad de Mahoma (Mawlid) que se celebraba el día 12 de rabí 1°, coincidió con el día 30 de diciembre del año cristiano de 1362; dicho sea de paso, por muy poco no coincidió con la fiesta de la Natividad del Señor, para competir con la cual había estado instituida.

También hay un desfase horario entre ambas culturas, pues mientras en la cristiana el día empieza a la medianoche y obliga a iniciar la celebración de la Navidad a la medianoche del día 24 (Nochebuena) con la Misa del Gallo, en la cultura musulmana, el día empieza a la puesta de sol. De modo que el día 12 de rabí 1° del 764, empezó a las 5 menos 5 de la tarde de nuestro 29 de diciembre de 1362.

A la vista de lo expuesto, a nadie se le escapa que la noche de la fiesta de la natividad de Mahoma se presentaba muy larga y, si se conoce Granada, especialmente muy fría. Tampoco extrañará a nadie que la presencia de un reloj fuera sumamente importante y que, en consecuencia, fuera colocado en lugar privilegiado.

Empezó, como hemos dicho, a la puesta de sol con la oración del "magrib", ya cerrada la noche se rezaría la oración del "isa" para terminar al amanecer con la oración "al-subh". Ni que decir tiene que para tan larga celebración hubo que contar con numerosos servicios y entretenimientos, iluminación, acondicionamiento de los espacios interiores, lavabos para ablucio-

UN RELOJ DE FUEGO EN LA ALHAMBRA DE GRANADA



nes, perfumes, aparato gastronómico, cena, golosinas, desayuno, programa cultural, literatura, música, danza y actos religiosos.

Los aproximadamente quinientos asistentes a la fiesta fueron acomodados según su rango social más o menos cerca del rey que ocupaba su trono. En su mayor proximidad estaban los jeques de la cabilas, los descendientes del Profeta, los miembros de familias reales (nazarí y otras procedentes del Norte de Africa) y los doctores en ciencias religiosas. Delante del estrado estaban los miembros de las cofradías místicas (locales y foráneas). En el pabellón exterior se situaron los cristianos venidos a la fiesta, los comerciantes entre los que había orientales y tunecinos y otras clases sociales y notables locales.

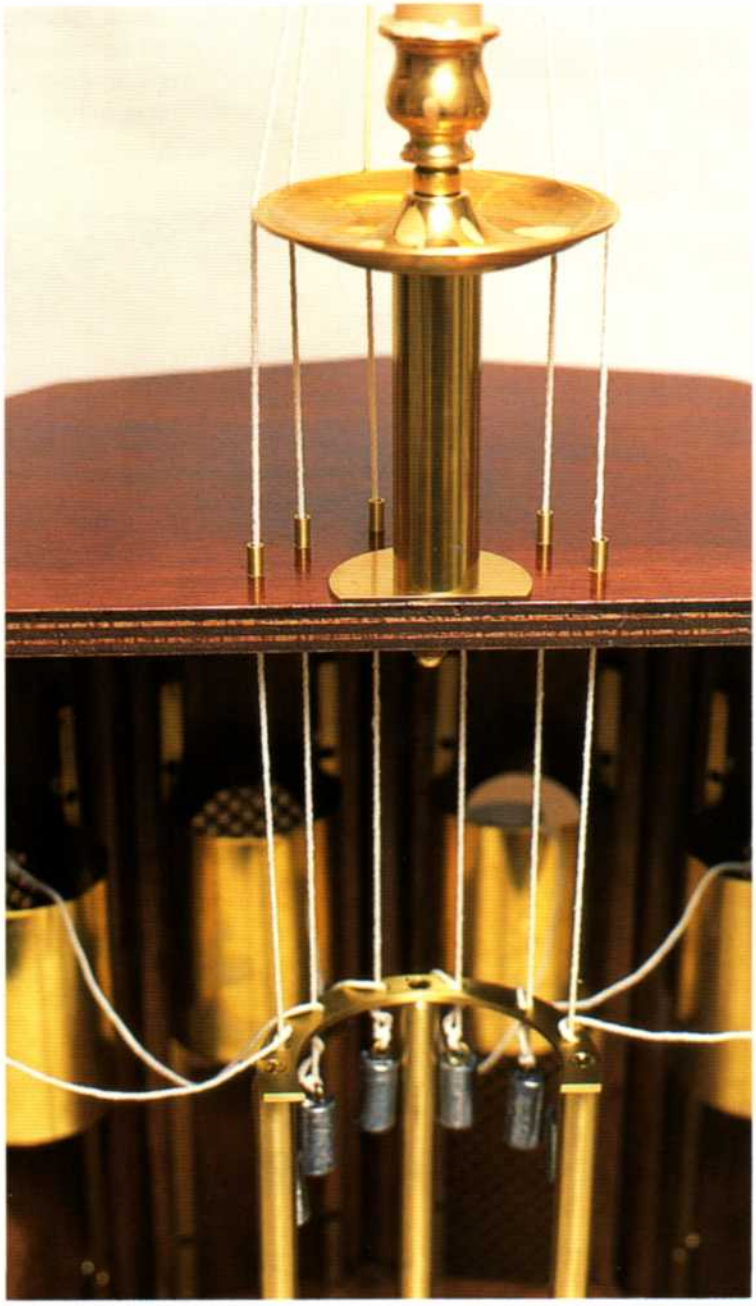
Delante del trono quedaba un estrado para el reloj, para el rapsoda y para las danzas sufíes.

EL RELOJ

El sistema horario islámico estaba basado en las horas desiguales que consistía en la división del espacio diurno en doce horas y del nocturno en otras doce horas. Ambas horas no coincidían en su duración más que en los equinoccios, siendo su máxima diferencia en los solsticios.

Para la medida del tiempo se disponía de relojes de sol, astrolabios, relojes de agua (clepsidras) y relojes de fuego (velas horarias). Tanto los relojes de agua como los de fuego adoptaron en el mundo islámico formas de una riqueza enorme con la inclusión en ellos de elementos móviles, los autómatas, y elementos sonoros.

Los mayores tratados sobre el tema de la relojería islámica proceden de la pluma de Ridwan, los Banu Musa, Ibn Al-Jazari y al-Muradi en los que encontramos una gran variedad de máquinas automáticas para señalar la hora por el movimiento de autómatas y el sonido producido por bolas metálicas al caer en cuencos sonoros.
El reloj de Mohámmed V era muy particular y de unas características bastante diferentes a los descritos en los mencionados tratados.
El aparato (minkan) constaba de una estructura hueca de madera, con una altura de casi 1.70 m y forma de prisma dodecagonal. En la parte superior de cada uno de los doce lados se encontraba una concavidad (mihrab) con



la puerta cerrada por un pestillo. Este pestillo engarzaba, a su vez, con una varilla de hierro que bloqueaba un agujero situado en el interior del mihrab e impedía la caída de una bola de cobre, del tamaño de una avellana.

En lo más alto del minkan se encontraba una vela en la que se habían trazado divisiones correspondientes a la duración de las horas nocturnas de aquella noche. De cada una de las divisiones salía una cuerdecita que iba a parar al pestillo del mihrab correspondiente.

El funcionamiento era simple: encendido el cirio, se iba consumiendo hasta que transcurría la primera hora, entonces se quemaba la cuerda que dejaba libre el pestillo y se abría la puerta del primer mihrab, arrastrando consigo la varilla de hierro. Quedaba entonces abierto el agujero y la bola de cobre caía en un plato metálico que había debajo de cada mihrab con lo que se producía un sonido.

Por otra parte, en el interior del mihrab se encontraba también una hojita de papel que contenía un poema relativo a la hora transcurrida. Al abrirse la puerta del mihrab, aparecía el documento y el encargado del reloj se lo entregaba a un lector para que recitase los versos correspondientes.

Este tipo de relojes podemos llamarlos transportables, aunque lo fueran con dificultad, y solamente estaban destinados a ser usados en ocasiones muy concretas. A la dificultad del transporte hay que añadir la del mantenimiento y preparación previa a una sesión.

El funcionamiento correcto del reloj obligaba a la presencia activa del encargado, relojero lo llamaríamos actualmente, no solamente para efectuar eventuales reparaciones o mantenimiento ocasional sino como parte integrante en el mismo. Para recoger las bolas o hacer girar el reloj, para recoger los papeles con las poesías, para evitar un desplazamiento no deseado de la cera fundida, y sobre todo para preparar el reloj para la siguiente sesión: cambio de vela, renovación de cuerdas quemadas, reposición de las bolas en sus alojamientos, etc.

Algunos acontecimientos tradicionales, como la fiesta del mawlid, fueron indisociados del empleo de un reloj. En la descripción del mawlid de Fez del año 1350 aparece un reloj con bolas sonoras y una muchacha autómata que entrega al sultán un papel con la comunicación de la hora escrita y en el de Tremecén del año 1359 se habla de un reloj con muchachas, serpientes, pájaros y otras figuras autómatas de plata con una luna llena girando sobre el conjunto.

Las fotografías que acompañan este texto pertenecen a una réplica del reloj descrito por ibn al-Jatib que fue construido para la exposición "El Legado Científico de Al-Andalus" celebrada en el Palacio de Mondragón de Ronda (Málaga) en el verano de 1995.

El modelo se realizó solamente con seis de sus doce caras para dejar visibles los mecanismos interiores a través de la parte posterior del mismo.

BIBLIOGRAFIA

E. García Gómez: "Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362", Madrid 1988

Julio Samsó: "Las Ciencias de los Antiguos en al-Andalus"; Ed. Mapfre, Madrid 1992, p. 443-444